EL HERALDO

AÑO 3 N° 28

2604025145371

AMOR Y TRAICIÓN

CURIOSIDADES LITERARIAS

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 5
Toma tu tiempo en desmenuzarme..... 7
Las rosas y el tiempo .....….13
Tertulia poética .....….17
La osamenta de Chelsi.....….23

CARTA DEL EDITOR

Desde William Shakespeare hasta Gabriel García Márquez, se ha escrito sobre el amor y la traición, sentimientos intrínsecamente humanos. El amor es la esencia abstracta de lo que se anhela para sí mismo: se protege, se cuida, se desea. En cambio, la traición es aquello desleal que corrompe el amor, lo sacude y lo deja hecho trizas.

Ambos sentimientos caminan de la mano en este mundo lleno de seres que aman con locura y traicionan cuando se ven privados de la razón. Lo cierto es que ambos coexisten y forman parte de la esencia de la vida, no solo de la moderna, sino de todos los tiempos.

A lo largo de la historia, estos temas han sido estudiados y plasmados en poemas, historias y reflexiones de innumerables escritores. Gustave Flaubert, con su obra Madame Bovary, retrata a una mujer que traiciona en la búsqueda de un amor ideal que nunca encuentra. León Tolstói, en Anna Karenina, nos muestra cómo un amor prohibido conduce a la infidelidad y cómo sus consecuencias sociales y emocionales sacuden a los personajes. Por su parte, La casa de los espíritus, de Isabel Allende, presenta un amor atravesado por las tradiciones familiares y los conflictos políticos.

En Puerto Rico, Julia de Burgos, en su poesía intensa, le escribe al amor desde el despecho y el desengaño. En su voz se refleja el dolor de amar sin ser correspondido. En su poema “Río Grande de Loíza” escribe:

“Un sentimiento cósmico estremeció mi vida

y me llegó el amor…

El rival presentido…”

Son muchos los escritores que escriben desde el amor o desde la traición. Entre los autores que han dejado huella en este tema se encuentran Pablo Neruda, Federico García Lorca, Jane Austen y Oscar Wilde.

En este nuevo número de El Heraldo encontrarás escritos que sacuden desde la fibra más honda de nuestros sentimientos. Esperamos que sea de su agrado.

María Isabel Méndez

Curiosidades literarias: Amor y traición

Por Ariel Sosa Mansilla

Amor y traición en la literatura, dos caras de una misma moneda a la cuál los escritores a menudo recurrimos para que sean parte de nuestras historias literarias e incluso en la poesía a través de los versos.

Cabe preguntarse cuando se utilizó por primera vez este recurso literario y nos remontamos en el tiempo, la literatura clásica y la actual esta llena de estos ejemplos que exaltan la pasión más exacerbada o el odio más intenso de aquellos que alguna vez fueron parte de la vida de los protagonistas

Aquí hay curiosidades literarias sobre estos temas:

El castigo del adulterio: En el realismo literario, las adúlteras a menudo mueren. Ejemplos incluyen **El amigo de las mujeres (1864) de Dumas hijo**, o incluso en **El fin de la aventura (1951) de Graham Greene.**

La traición más extraña: Javier Marías, en **Mañana en la batalla piensa en mí (1994)**, narra una de las escenas de infidelidad y traición más insólitas, donde un hombre va a un encuentro amoroso con una mujer a la que apenas conoce y ella muere durante el acto.

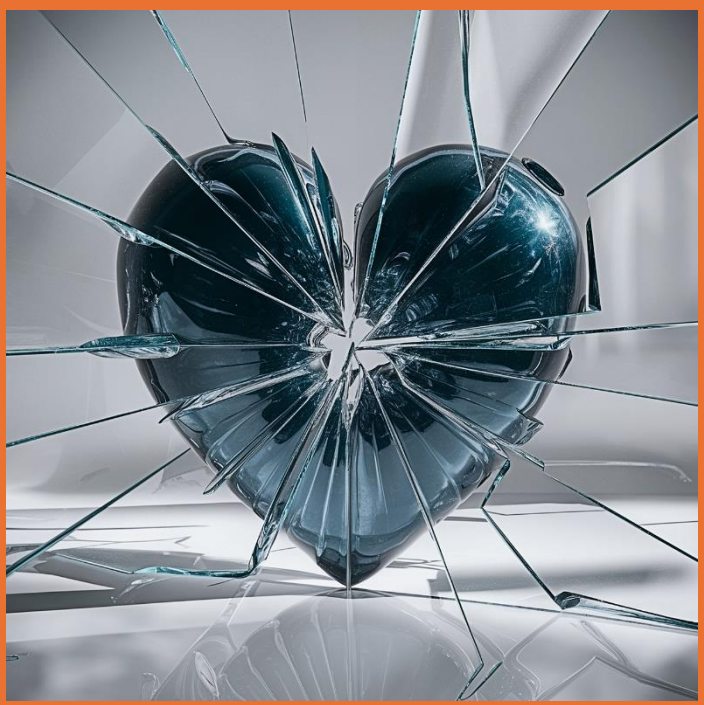
El arma del crimen más inusual: En el cuento satírico **Cordero manso (1953) de Roald Dahl,** una esposa traicionada por la infidelidad de su marido lo asesina usando una pierna de cordero congelada como maza. Luego, cocina el arma y se la sirve a los policías que investigan el caso, logrando que literalmente "se coman la evidencia"

Reflexiones de García Márquez: El autor de Cien años de soledad planteaba que el amor verdadero no es solo por quién es el otro, sino por quién te

conviertes tú al estar con esa persona. Si una relación te hace sentir "pequeño o inseguro", la literatura suele usarlo como preludio a una traición o ruptura.

Adulterios que definieron épocas: Novelas como **Madame Bovary o Anna Karenina** no solo tratan sobre la infidelidad, sino que en su tiempo fueron retratos crueles de una sociedad que castigaba la búsqueda de la pasión fuera de las convenciones sociales.

El dilema de la Malinche: En la narrativa histórica, la figura de la Malinche es un caso dual: es vista como la gran traidora de los pueblos indígenas, pero también como una mujer traicionada por sus propios padres, quienes la vendieron como esclava.



TOMA TU TIEMPO EN DESMENUZARME

Los Jonson siempre nos parecieron los típicos gringos de la clase media: altos, gordos, catires, canosos y aburridos. Yo conversé con Thomas a los pocos días de mudarse a San Diego, él deseaba conocer los supermercados de la zona. No tenía idea sobre cuál pudiese tener las mejores especias y condimentos, así que solicité la ayuda de Cecilia. Ella vino desde el jardín y se lo presenté. Mi esposa le explicó la ubicación de los mejores supermercados, curiosamente él tenía un gran interés por los condimentos y las especias, por eso Cecilia le recomendó el mercado libre de La Isabelica.

Thomas nos presentó a su esposa quien merodeaba por la cocina, sacaba ollas de las cajas de cartón: se llamaba Vivian y era tan alta como él, ambos rondaban un poco más de los cincuenta, tenían los pómulos rozagantes y sudorosos, obviamente, aún no se adaptaban a la calidez del trópico. Thomas repitió a Vivian lo que había escuchado y ella nos agradeció encarecidamente la información. Conversamos un rato con ellos, así supimos que eran antropólogos y los habían invitado para dictar un curso especial en la universidad. Luego nos despedimos.

Nuestra relación con los Jonson no pasó de un saludo amistoso desde la acera. Todas las tardes salían a la universidad y agitaban sus manos regordetas. A las dos semanas se instalaron a sus anchas, lo supimos por el festival de olores que invadió nuestra casa. Cada noche los veíamos en la cocina y nos llegaban los aromas. Contra todos los pronósticos, les interesaba algo más que las costillas y las hamburguesas. Cecilia me comentó que todos miércoles y domingos llegaban con bolsas repletas de verduras, frutas y toda clase de ramas. Los primeros días tomé como una intromisión el olor de la cena de los Jonson en los pasillos de la casa, después aprendí a disfrutarlos

y cada tarde a las seis me sentaba en el porche con la excusa de leer la prensa, así me daba el banquete con los vapores de las salsas y condimentos.

Cecilia también cambió desde esos días: nuestras noches de amor se hicieron más frecuentes, ambos nos sentíamos extrañamente vigorizados. Diez años conociéndola y es hasta ahora que le descubro orgasmos escondidos entre los dedos de sus pies, basta pasar mi lengua alrededor de sus extremidades para verla agitándose de placer a los pocos minutos. Cecilia me contaba que un hilo tibio subía por sus piernas hasta su vientre y una onda de calor se expandía dentro de ella como una espiral de fuegos artificiales. Unas semanas después ella también me descubrió puntos orgásmicos en la circunferencia de mi ombligo: cuando ella me saboreaba en ese punto, un ciempiés me recorría el interior de la piel hasta mi espalda y mi entrepierna, era una especie de orgasmo en DO sostenido que caía como el eco en los acantilados. Nuestras horas de amor acercaron cada vez más a las primeras horas de la noche, hasta que coincidieron con la cocina de los Jonson.

Por tres meses tuvimos sexo para la cena, hasta que una noche nos llegó un olor opaco e irritante. Nos extrañó tanto que bajamos de la cama, nos deslizamos silenciosos al pie de la ventana y espiamos la cocina de los vecinos. Sólo vimos a Vivian: sentada frente a las hornillas, de un caldero gigante brotaba la humareda blanca cuyo olor impregnaba nuestra habitación. Ella se limpiaba el rostro enrojecido, Cecilia dedujo enseguida que lloraba.

- ¿Y cómo lo sabes? - le pregunté.

- Pues por el olor, se debe llorar mucho para cocinar así - contestó ella irrebatible. ¿Ves a Thomas?

- No.

- Ay, mi santo... ayer y hoy la vi irse sola a la universidad.

- ¿Tú qué crees?

- No sé. ¿El tipo la dejó?

- Pues mueve tus hilos con las vecinas.

A los dos días sólo sabíamos que hace una semana a Thomas no se le veía por la cuadra. En esas tardes, cuando se marchaba a sus clases, sólo la mano de Vivian se agitaba como un breve pañuelo para saludarnos. Pasaron dos semanas inodoras, la veíamos llegar a las seis como todos los días, pero esta vez con una ominosa bolsa de McDonald´s en la mano. Nuestra libido fue decayendo hasta volver a la frecuencia que marcan las estadísticas.

Finalmente, una tarde los aromas fueron regresando con cierta timidez. No tenían la densidad de antes, ahora flotaban como un perfume tenue. Unos días después recibimos la invitación a cenar con Vivian, nos encontramos el sobre en el jardín. Debíamos llegar a la noche siguiente a las ocho. Ese día, a la hora de costumbre, nos embargó el olor intenso de los primeros meses, tratábamos de vestirnos, pero la emanación me empujó hacia Cecilia, no pude dejar de besarla hasta que la degusté hasta los dedos de sus pies. A diez para las ocho, ya satisfechos y sonrientes nos alistamos para irnos.

Vivian nos recibió con su cara rozagante, envuelta en un vestido azul. Nos invitó a tomar un vaso de bourbon en la sala, mientras el cordero que había horneado se aireaba un poco. Pude ver en la sala varias fotos de ellos con varios grupos de aborígenes.

- ¿Ésta la tomaron en África? – Le pregunté al ver una foto de Thomas y Vivian con un gigante negro casi desnudo y con su escudo a la diestra.

- Sí, una tribu africana de caníbales.

- ¡En serio! ¿Y cómo se salvaron?

- Eso no funciona así – contestó Vivian entre risas. – Ellos comen partes de sus enemigos muertos en combate para absorber sus virtudes y preservar su espíritu dentro de ellos. Creo que no deseaban nuestros dones.

Nos dirigimos hasta la mesa exquisitamente servida, Vivian nos deleitó con carne horneada, cordero, nos dijo, aunque yo imaginaba otro sabor. Lo acompañó con una ensalada y pan de maíz preparado por ella misma. El olor me atrapó enseguida y casi tengo una erección en la mesa, Cecilia lucía perturbada.

- Thomas les tenía mucho aprecio. Él siempre quiso invitarlos a cenar para agradecerles por hablarnos del mercado de La Isabelica. Pero su enfermedad se atravesó. Así que no pudimos agradecerles antes.

- ¿Thomas está enfermo? – pregunté.

- Sí. Le detectaron un tumor en el cerebro, muy avanzado. Él se marchó... de jóvenes acordamos nunca convertirnos en una carga para el otro. Esa enfermedad fue una señal para que cada quien emprendiera su camino.

Cecilia y yo quedamos descompuestos por la sorpresa. No pude decir más nada.

- ¿Pero y cómo es eso? ¿Quién lo va a cuidar? – intervino Cecilia.

- Él se dirigió a un hospital en Washington.

- ¿Y usted no piensa ir a verlo?

- Sí, luego que termine el semestre. Aunque a él no le gustaría. Pero igual deseo verlo antes de que todo termine. – Cayeron dos minutos de silencio gris. – Pero no se pongan así, Thomas y yo teníamos nuestro arreglo, y además descubrimos la forma de quedarnos con las virtudes del otro. – Y cuando dijo esto se llevó un trozo de carne a la boca y cerró los ojos como quien lanza una plegaria.

Miré la bandeja con el cordero y volví a pensar en lo distinto que lo había imaginado. Ni Cecilia ni yo seguimos comiendo. Volvimos a la sala y tomamos una copa de amaretto en la sala para la digestión. Conversamos un poco sobre la enfermedad de Thomas, Vivian no pudo evitar dejar caer una lágrima, cambiamos el tema y comentamos sobre los exquisitos olores que solían salir de su cocina. Ella recobró el color en la cara y nos mostró un inmenso libro de recetas que habían hecho durante sus viajes por el mundo, de ahí salían las salsas y estrategias para condimentar que tanto nos habían vapuleado.

- Thomas siempre decía que acompañarse en la cena no se diferenciaba del sexo, ambos son actos de comunión. – Nos dijo ya un poco ebria.

A las once nos levantamos y nos despedimos.

Desde ese día saludamos a Vivian con una sensación entre afecto y temor. Ella continuó cocinando, pero los aromas no tenían las mismas reacciones sobre nosotros, el recuerdo de la cena nos perseguía. Cuando terminó ese mes, nuestra vecina se acercó vestida con un conjunto beige y sombrero, lista para emprender el viaje a los Estados Unidos. Se despidió de nosotros, nos agradeció por nuestra amabilidad y nos dejó el gigantesco libro de recetas. Sólo pudimos regalarle un abrazo en agradecimiento.

Esa noche abrimos el libro en una página al azar: chuletas de res en salsa agridulce. A cada lado describían el acompañante recomendado, y las cantidades exactas de cada condimento. Preparamos la salsa y nuestra cocina se llenó con los olores que antes nos habían embotado, abracé a Cecilia y la puse sobre la mesa de la cocina, pasé mi lengua por su cuello.

- Toma tu tiempo en desmenuzarme... – dijo Cecilia entre breves gemidos.

Javier Domínguez

LAS ROSAS Y EL TIEMPO

En Nueva Verona, donde los antiguos muros de piedra se cubrían de cristal y acero, las familias Ramírez y Montenegro seguían atadas a una rivalidad sin origen recordado. Sus nombres eran banderas opuestas; el aire se enfriaba cuando se cruzaban en las calles, y el amor entre ellos era un pecado sellado en los archivos de la historia.

Luna Montenegro tenía veinte años; sus ojos eran del color del mar Mediterráneo. Era bibliotecaria en el Archivo Central, refugio no solo de libros, sino de todas las disputas, acuerdos y secretos de las casas poderosas. Allí conoció a Miguel Ramírez, joven arqueólogo que llegaba cada semana a consultar los mapas antiguos de la ciudad.

Al principio, sus encuentros eran distantes y silenciosos. Él se inclinaba por horas sobre los pergaminos; ella le traía café sin que él se lo pidiera. Una tarde, dejó sobre la madera un trozo de papel con un verso de Shakespeare: "No es el nombre lo que hace al ser; así como una rosa, cualquiera que sea su nombre, olía igual de dulce". Al día siguiente, ella respondió debajo: "Pero si llamas a una serpiente por otro nombre, seguiría siendo venenosa".

Así nació su correspondencia en versos, escondida entre las páginas de los libros que intercambiaban en silencio. Miguel descubrió en esas palabras que Luna escribía poesía al amanecer, que amaba el rocío sobre las hojas y que temía más a la soledad que a la ira de su linaje. Luna supo que él había pasado tres años excavando en las ruinas de la antigua Verona, que coleccionaba piedras de cada lugar que visitaba y que llevaba siempre en el bolsillo un reloj de arena que le había regalado su abuela —"para recordar que el tiempo se lleva todo… menos lo que guardamos en el alma", le había dicho ella en una tarde de verano.

El primer beso sucedió en el sótano del archivo, entre estanterías llenas de documentos polvorientos que guardaban siglos de odio. Sus labios se encontraron como dos tierras separadas por un océano que de pronto se secaba. “Esto es una traición a todo lo que somos”, susurró Luna, aunque sus dedos ya se encontraban entrelazados con los de él. “Esto es lo único que somos de verdad”, respondió Miguel, y en esas palabras ella sintió más verdad que en todos los registros de la ciudad juntos.

Meses de secretos y encuentros clandestinos pasaron volando. Se veían en el jardín de la antigua iglesia de San Francisco, donde los ángeles en las paredes parecían mirar desde otro tiempo. Allí, Miguel le mostró un plano que había desenterrado: una entrada secreta que conectaba las propiedades de ambos clanes, construida siglos atrás por otro par de amantes que lucharon contra el mismo odio que los acechaba. “Podríamos irnos juntos”, le dijo, abrazándola. “Crear un lugar donde nuestros nombres no signifiquen nada más que nosotros”.

Luna sonrió, pero una sombra en sus ojos se resistió a disiparse. Desde niña, la habían entrenado para proteger los secretos de su familia, y en el archivo había hallado algo que volvía todo de cabeza. Hacía cien años, un pacto secreto había sellado la paz de las generaciones: si algún miembro se enamorara de alguien del linaje contrario, debería entregar información crucial sobre su clan para evitar una guerra que destruiría Nueva Verona. El plazo terminaba en dos semanas.

Su tío, jefe de los Montenegro, la había citado en su despacho días antes. “Sabemos de tu relación, Luna”, le había dicho con una calma helada, sin ira en la voz, pero con mirada firme y distante. “Dos opciones: entregas los planes de la nueva central comercial de los Ramírez, o Miguel será acusado de robar documentos del archivo familiar. La policía está lista”.

Ella intentó contarle la verdad a Miguel, pero las palabras se atascaban en su garganta como tierra húmeda. ¿Cómo explicarle que su amor estaba atrapado en una red de intereses que nadie había podido romper? ¿Cómo confesar que había leído los archivos privados de su familia para cumplir la orden?

La noche de su último encuentro en la iglesia, Miguel llegó con una maleta pequeña. “He conseguido pasajes para mañana temprano”, dijo, mostrándosela. “La entrada está lista; nadie nos encontrará”. Luna miró el reloj de arena que sostenía en su mano derecha; veía cómo el tiempo se deslizaba entre sus dedos como el polvo de las piedras antiguas.

“No puedo irme contigo”, dijo finalmente, y su voz salió rota. “He estado mintiendo. Todo lo que hemos vivido… vine aquí para obtener información de tu familia. Mi tío me obligó”.

Miguel la miró con ojos llenos de incredulidad y confusión. El reloj de arena se cayó de su mano y se rompió; el polvo blanco se extendió por las losetas frías. “¿Y el amor? ¿También fue mentira?”

“No”, lloró Luna, agarrándose a sus manos con fuerza. “Eso fue lo único real en mi vida. Pero no tengo elección —si no hago lo que dicen, te destruirán”.

Miguel la soltó lentamente. “Entonces déjame ser destruido”, dijo. “Pero no puedo estar con alguien que me traiciona, ni siquiera por amor”.

Se fue sin mirar atrás, dejándola sola con los ángeles del fresco y el polvo del tiempo a sus pies. Al día siguiente, Luna entregó los documentos a su tío, pero en el sobre incluyó una carta donde contaba toda la verdad: el pacto secreto, la presión, el amor que había perdido. “Si este es el precio de la paz”, escribió al final, “entonces prefiero la guerra de la verdad”.

La detuvieron por traición a su familia, pero antes de que se la llevaran, abrió todos los registros de la rivalidad al público. La ciudad entera supo lo que se había ocultado durante generaciones: los acuerdos turbios, las mentiras y el precio que pagaron los amantes del pasado.

Miguel se fue de Nueva Verona, pero antes de partir, dejó en la iglesia de San Francisco una rosa roja entre los restos del reloj de arena. Luna, desde su celda, escribió sus últimos versos en una hoja vieja de papel, inspirada en la obra que los había unido y separado: “El amor y la traición son dos caras de la misma moneda; el tiempo sabe cuál de ellas vale más —y siempre hace brotar rosas de un jardín abandonado”.

Jade Nocturno

TERTULIA POÉTICA

QUIERO

Extraviar mis sentidos en tu piel.
Esta noche quiero arder entre tus brazos.

Olvidar quién soy
perderme en ti.

Valórame como preciada joya.

Eres dueña de un corazón enamorado.

Eres colmenar
a mis labios agrietados

Agua bendita que expulsa mis demonios

Delirios sobre hilos sollozantes
que guardan nuestro secreto.

Abrázame te necesito para sentirme
seguro en medio de la tempestad.

Ancla de mis tormentas,
remanso que me da paz en tiempos de sequía.

María Isabel Mendéz y Ariel Sosa Mansilla

LA MANCHA IMPÍA

Allí se incrustó,
mancha de sombra en el mar de madera,
un vómito negro de tinta o vino,
que el tiempo no borra, ni el miedo altera.

Nadie recuerda aquel sucio naufragio,
la copa estrellada, el charco vertido;
hoy es un tumor, el mudo presagio
de un orden higiénico y ya carcomido.

Sobre el mármol, impera la desgracia:
un borrón de café, astro sombrío,
que con negra y herética eficacia
desafía al jabón y mi extravío.

¡Oh, sucia metáfora del desacierto!,
isla de brea que el paño no asalta:
huésped eterno, parásito muerto,
que se burla del ojo y del artista.

El piso, es un temple de fría pureza,
un mármol sin tacha, cristal de cordura,
pero hoy ese estigma dobla mi entereza:
es un tatuaje de negra amargura.

Es pozo infectado, es grieta, es herida,
error que la luz jamás desvanece;
mientras más la refriego, más tiene vida,
la mancha, ¡carajo! como un ego, crece.

Esperanza Renjifo

UN BESO EN UN REFLEJO

Me quedé esperando,
como esperan los ilusos amores,
a una cita prometida.
¡Te imaginé tantas veces!
El recuerdo se confunde,
se hace lúcido.
Se hace de hielo y de arena,
de sol y de luna,
de mar y de montaña.
Te imaginé atento a mis luces,
yo, a las tuyas, iluminando mi alma.
Te imaginé en un suspiro,
en una caricia,
en un: lo dudo,
pero, aun así, lo quiero.
Y dejé un poema desnudo,
un resplandor y una hoguera.
Te colmé de besos,
dormí en tus piernas,
tu mano en mi pelo,
tu mano en mi espalda,
tus labios en mis labios.
Y surgió una metáfora,
un símil, un recurso sin recurso,
ante la suerte atrevida.
Pero no llegaste,
no hubo luces ni hoguera,
ni suspiros,
ni caricias,
ni tu mano en mi pelo,
ni tu dedo en mi espalda.

No llegaste, me quedé esperando:
un beso en un reflejo.

Anniabel Martínez Gómez

EMPEZAR DE CERO

Ahora sí hay oscuridad:
noche siniestra de sonidos sigilosos,
noche hermosa donde la luna invita al encuentro
mientras las estrellas se estrellan
al pulso del brillo.

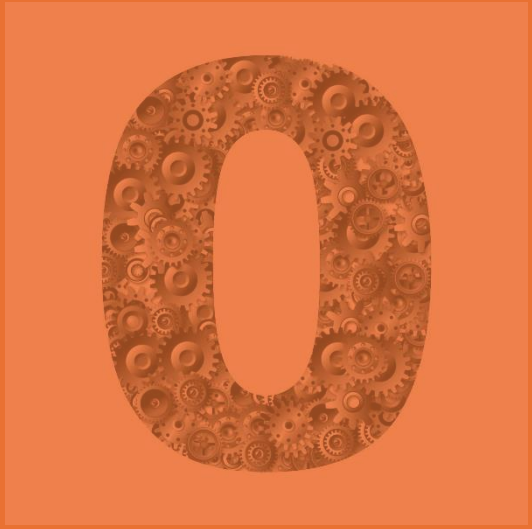
Se escucha el cantar del río furioso,
desde los arbustos los búhos dicen versos,
la brisa mece las ramas al ritmo de un tango
y el coquí, con su canción verde,
canta feliz
porque hay oscuridad
y la oscuridad es su luz.

De pronto un cucubano
asoma su fulgor fluorescente,
la naturaleza se alza ganando la batalla.

La gente sale, observa, conversa, ríe,
miran al cielo después del desastre;
la tierra se limpia
y el alma respira.

Se levanta la vida,
el dolor pasa.
y empezamos de cero.

Yari Morales

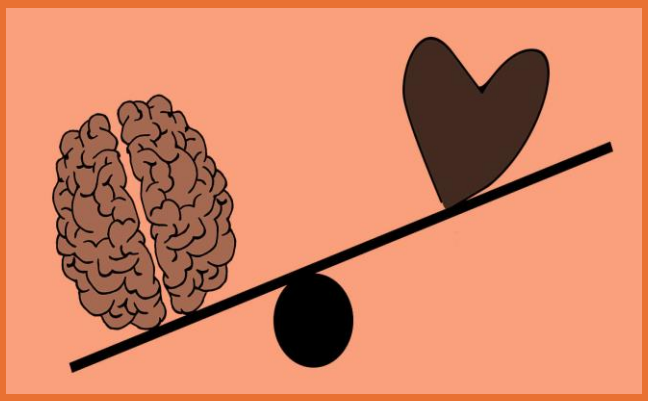


ENTRE MI PENSAMIENTO Y MI CORAZÓN

Entre mi pensamiento y mi corazón
existe un gran desacuerdo,
y no sé quien tiene la razón
decidir entre ellos no puedo.

Mi pensamiento pragmático,
mi corazón siempre soñador;
loco de amor, romántico, lunático,
y con su vuelo causa a veces dolor.

Mi pensamiento lo acuna deshecho,
le susurra bajito al oído,
barre el dolor que guarda en su pecho,
y recoge despacio el pedazo caído.



Y de a poco mi pensamiento lo cura,
lo escucha reír placentero,
que esté alerta en vano procura,
y en esta guerra sin fin, yo muero.

Mi corazón vive enamorado,
y mi pensamiento lo quiere salvar,
tiene mi corazón un nombre grabado,
que mi pensamiento no logra borrar.

Daymí Pacheco Avellanes

LAS OSAMENTAS DE CHELSI

“El misterio del amor es un código difícil de descifrar por las mentes oscuras"... Eso dijo la pluma de Carlos Araujo (se creé que fue el último verso del escritor. Fue lo que halló la policía en su blog de notas en el escritorio).

La neblina abrazaba la calle 8 de Santa Inés al sur de Carmona. Eran las 4:25 de la madrugada. Adam dejó su bicicleta recostada a la pared y huyendo despavorido... desapareció en el sombrío sendero sin que se supiera más de él.

_Diez años más tarde...

El día era claro y soleado. Por la ventana de la cocina se oía: "nos sobran los motivos" en la radio. El café estaba servido con pan tostado y miel. Louis estaba trabajando en el jardín cuando, de pronto se oyó un golpe seco dejando sus manos temblando en el mango de la pala.

Desde la distancia, Louis era expiado por la fría mirada de los ojos pardos de Maidana. Una psiquiatra dada de baja hace más de cinco años. Mai perdió su licencia en un juicio en la corte de Villa Clara, ocultándose en las sombras de su residencia olvidando la salud de los abrazos.

Louis entró a la casa y mientras disfrutaba su desayuno era seducido por la curiosidad del sonido de la tierra. Entonces le comenta a su esposa:

_ Sabes, hay algo enterrado en el jardín ¿has logrado hacer amistad en lo poco que llevamos aquí?... _ Cariño, llevamos 72 horas, bueno, casi. No he hecho más que desempacar desde que llegamos _ Es extraño, voy a llamar a la policía _ Amor, tú y tus historias de misterios, quédate tranquilo seguramente es algún resto de escombro. Eso suele pasar en las construcciones... Elena sintió un leve temblor en sus manos acompañado de un profundo suspiro.

Louis tomó su desayuno y al terminar no dudó en llamar a Jonathan, su hermano mayor, quien era policía.

_ ¿Qué haces amorcito? _Estoy llamando a Jonathan _ ¿y para qué?, pregunta Elena con tono disgustado _ Oye, hay algo en el jardín. Lo sé _ ¡Que no hay nada!, refuta ella y esta vez se le ve alterada_ Amor, pero no te enojes, dice Louis_ Es más, perdóname sí. __ Ya, listo, tienes razón. Quizás debo descansar. Olvidemos este asunto ¿vale? Elena,

con voz ingenua, responde: "Si me das un beso y me prometes que no volverás a hablar de esto, me quedaré en paz"_ "Te lo prometo" dice él.

_Días después...

Maidana salió al jardín y fue vista por uno de sus vecinos que, sin dudarlo, avanzó hacia ella para saludarla. Lágrimas brotaron de sus ojos amarillos por la mañana. Don Guillermo no la quiso abordar con preguntas. solo le dio un beso en la frente y le brindó su bendición. Maidana entró de nuevo a la casa después de muchos años sin querer sentir el sol en su dermis.

Louis salió a trabajar. Iba retardado y tenía una entrevista muy importante para la próxima publicación de un ejemplar de su autoría. Nota que Elena está algo pensativa en su mecedora _ ¿Te pasa algo amor? _pregunta él _ No, todo está bien, ve a tu entrevista. Se te hará más tarde, le contesta ella _Te llamo cuando termine. Te amo, responde Louis.

Maidana marcó al número del reconocido Dr. "Augusto Palencia" quien, sin dudarlo, se apresuró a ir a verla dejando su agenda del día a un lado, para atenderla.

Elena estaba mirando detrás de la ventana al jardín de enfrente. De repente, su alma entró en angustia, el frío salió de sus poros bañando su piel comenzando a estrangular su estómago. Las sombras de su mente vinieron hacia ella abrazándola como un pulpo gigantesco. Los recuerdos la arrinconaron en la soledad.

La paranoia comenzó a hacer de las suyas desde entonces una vez más. ¿Cuánto tiempo más podría soportar con el karma?

-Diez años atrás...

El 26 de octubre del año 1990, Adam Martínez desapareció sin dejar rastro alguno. Solo preguntas sin respuestas gravitando. Se llegó a creer que había huido a otra ciudad, ya que se le iba inculpar el homicidio de Carlos Araujo, su padrino. quien fue una leyenda de la literatura y la poesía clásica.

Maidana y Elena eran sus alumnas en la clase de filosofía. Ambas eran promesa en las carreras que escogieron ejercer. El profesor Araujo gozaba de buen parecer y a sus 50

años movió las fibras de las gemelas con su saber. Sin que hubiera otra intensión más que la de enseñar.

Maidana con una personalidad frívola opacaba a Elena quien era todo lo contrario a ella. Una noche de otoño Adam, vio a su tío Carlos en su recámara teniendo una volcánica escena con una de las gemelas a quien desfloró. No pudo identificar de cuál de las hermanas se trataba. La recién estrenada al llegar a casa le contó a su hermana que había dejado sus huellas en el lecho de su profesor sin sospechar que a ella también le atraía su maestro. Los celos la consumían como flama en la noche. Entonces, maquinó durante un rato, y se hizo pasar por la que él llegó a amar. Entregando también su inocencia al escritor, pero bajo los efectos de un narcótico, lo cual hizo que fuera abrumador el encuentro, pues al roble de cabello blanco se le olvidó todo que sucedió entre él y la otra gemela a quien no reconoció por la máscara que llevaba puesta.

Aquella vez Adam no supo qué hacer, si interrumpir a los amantes clandestinos o callar e irse de la vida de todos. Adam prefirió irse antes que delatar al hombre que lo formó desde que murieron sus padres, en un accidente. Después de todo, él era hombre y todo hombre también quiere ser amado.

Después de varios días, Elena estalló una mañana alarmando a su esposo y atrayendo la atención de su vecino. Su padre, Don Guillermo, quien no la trataba desde hace muchos años este se acercó para ver que sucedía con su hija.

Louis llevó a su mujer a la clínica mental para ser internada, no obstante, le dijo antes de salir de casa: __"Lleva al campo santo y haz que reposen las osamentas de Chelsi". Louis lloró porque no sabía de qué hablaba.

Pasado un mes su esposa aún estaba recluida. Louis recordó lo sucedido en el jardín. Llamó a su hermano Jonathan, quién es policía. Le pidió que lo ayudara a descubrir qué había debajo de las hortensias.

La escalofriante escena conmocionó a los habitantes de la zona. Huesos de un humano desconocido reposaban en una caja fuerte.

Después de varias semanas se descubrió que pertenecían al profesor Carlos Araujo, el tío de Adam, quien se fue un día de vacaciones y no volvió jamás.

La exhumación reveló que además de ser descuartizado fue envenenado. pero... ¿quién y por qué le haría eso al profesor? Un misterio sin pie ni cabeza que sólo dejó más preguntas.

En la caja fuerte se encontró un papel resguardado por una diminuta caja de madera que decía: "El misterio del amor es un código difícil de descifrar por las mentes oscuras".

Las gemelas fueron internadas, ya que ambas se extraviaron de la realidad. Un día cualquiera se encontró escrito en la pared de la sala de visita del manicomio un poema que decía lo siguiente:

Pinceladas de una calavera enamorada:

Osamentas amargadas a este amor inmortal bajo el cielo estrellado.

Tan cerca de ti y nos separan estos barrotes acerados.

Con pasión me cubres y en la memoria aceleras mi corazón enamorado.

Quedó vibrando en mis recuerdos

tu rostro entre las sombras, al fin te he encontrado.

Siento el frío de tus huesos y el exquisito sabor de tus dientes disecados.

Hazme el amor por última vez en este tierno abrazo.

Que importa la carne amor, esa se la comieron los gusanos.

Se nos acabó la piel en el camino, pero no las ganas de amarnos.

La eternidad nos llama, nos espera al otro lado.

Es hora de irnos amor mío, pero antes déjame imaginar la miel de tus labios.

Yo te pienso y te siento no hace falta carne para otro orgasmo.

Y el final del poema termina diciendo:

Dedicado a ese amor que está lejos de la piel...

Las gemelas murieron de anorexia.

Adam nunca más volvió y jamás se supo el pasado de ambas hermanas.

Fin

María Isabel Méndez

Copyright © 2026 Reino Olvidado Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.

Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de

recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina